

Tomás Moulian e Isabel Torres. **DISCUSIONES ENTRE HONORABLES.** Ed. Flacso, Santiago, 1988.

Aun cuando el libro lleva como subtítulo "Las candidaturas presidenciales de la derecha, 1938-1946", también se preocupa de otros sectores políticos de izquierda y de centro, transformándose en un detallado estudio de la gimnasia política preelectoral durante las candidaturas presidenciales del período 1938-1946, con alcances a años posteriores. El relato —pues este es un libro de historia narrativa— está bien fundamentado estadísticamente y sus fuentes parecen bien elegidas y serias, aun cuando está lejos de agotarlas.

El análisis —cuando lo hay— está realizado con fineza y objetividad, muy ceñido al dato, especialmente en lo que se refiere al estudio comparativo de cifras electorales, por años y regiones; sin embargo resulta lamentable que no se determine con exactitud qué provincias comprende cada "zona" en la subdivisión del país.

Por otra parte, me parece que el relato no es posible seguirlo de manera fluida si no se conoce de antemano la época, existiendo además una laguna evidente en relación a las actuaciones del Partido Comunista (internacional y chileno) en el período 1939-41 (ver pp. 166, 230), lo que desgraciadamente conspira contra una mejor comprensión del período. Creo que habría sido necesario mencionar las características y aun ahondar sobre las consecuencias del pacto Stalin-Ribbentrop en el ambiente político chileno. La distancia existente entre el PS y el PC durante toda la década de 1940 no resulta comprensible sin destacar la proyección nacional del suceso en referencia.

El libro tiene varios aspectos destacables. Entre éstos, algunos rasgos interesantes que merecen atención en la perspectiva de una historia de la evolución intelectual de Chile en el siglo XX. Por ejemplo: el racismo de Gustavo Ross. Racismo comprensible por la época, pero también por insertarse en una corriente chilena de ya larga trayectoria entonces. Es por eso que las opiniones de Ross, si bien indudablemente buscaban dar "una base material, en este caso biológica al optimismo frente al 'destino futuro de Chile'" y contrarrestar así la prédica pesimista de los políticos de izquierda, muestra también una —difícilmente accidental— semejanza con el racismo populista chileno que nace a comienzos del siglo con Nicolás Palacios y después es retomado por muchos otros (Indalecio Téllez, Alberto Cabero, etc.). La complementación entre ese racismo con el mito del "glorioso pasado de Chile" en cuanto elementos conformadores del ser nacional, "constituido por la amalgama afortunada de raza y tradición", nos

aproxima por otra parte a la interpretación de la historia de Chile de Alberto Edwards y de Encina, por más que el racismo de ambos no fuese popular sino referido a las elites sociales.

Me parece que las ideas racistas de Ross —al contrario de lo sostenido por Moulian y Torres— no están “en las antípodas del decadentismo de ‘cierta derecha tradicional’ ”; por el contrario, lo confirman, pues Edwards y Encina se referían a una decadencia histórica de Chile, con la cual Ross parece haber estado de acuerdo (si no por qué hablar de “glorioso pasado”), y no racial. Por lo tanto, ellos también dejaban abierta la puerta a un optimismo de base antropológica o racial, aun cuando se refiriese a las elites.

Otro acierto del libro, quizá de mayor envergadura, consiste en destacar la incapacidad de la derecha chilena de entonces (p. 38) por encontrar un proyecto comprehensivo de modernización del país (con excepción del plan Ross) que les sirviese de pivote ideológico y herramienta política. De allí su fraccionamiento y las frustraciones de sus candidaturas presidenciales a partir de 1933, en circunstancias que en el país eran potencial o realmente mayoritarias. Por momentos, da la impresión que la dirigencia política de la derecha chilena no parecía percatarse que desde 1920 ésta ya no era la dueña política del país y que, dentro del contexto de la República Mesocrática, debía afrontar una dura lucha para mantener su hegemonía. Queda en evidencia que en el período 1933-58 la derecha no estaba bien preparada para esta lucha. Más todavía, frente a la contienda, sus estructuras proselitistas fundadas todavía en tipos de sociabilidad política tradicionales (cacicazgo, clientelismo, salones oligárquicos: Club de la Unión, de Septiembre, Club Hípico, clubes de provincia, etc.) parecían lamentablemente obsoletas. Punto, este último, que merece un estudio detallado.

Un tercer tema que aparece adecuadamente tratado en el libro, aunque quizá sin darle el énfasis necesario, es el carácter de nuestra democracia durante el período 1932-1973. Su flexibilidad para lograr acuerdos políticos entre grupos de las tendencias ideológicas más diversas. Este punto de vista se explica por la existencia de un genuino sentido de “lo nacional” presente en casi todos los proyectos políticos presidenciales de la época. No se trataba de un nacionalismo estrecho y excluyente, como se ha visto después, sino de un espíritu público genuino subyacente a todo el mundo político, capaz de aglutinar posiciones diversas y concretar en iniciativas los acuerdos logrados.

Dicho de modo más preciso, la institucionalidad política fundamental del país, al menos tácitamente, era aceptada por todos los grupos políticos (excepto el PC y sólo durante algunos años) y por ello todos podían participar activamente “dentro” de ella. Y viceversa la institucionalidad no excluía a priori a grupo alguno (excepto al PC

y sólo durante algunos años). Ciertamente es que este consenso tácito se daba entre cúpulas políticas y no entre la gran masa de los chilenos. Pero cabría preguntarse si —en mayor o menor grado— la situación ha sido diferente en algún lugar del mundo o en algún momento de la historia (consideraciones hipócrita-intelectuales aparte). Volviendo sobre el título del libro: las discusiones entre honorables no se limitaban a la derecha y sus personeros.

También cabe destacar el perfil que traza el libro de algunas figuras que han sido muy importantes en la historia de Chile del siglo XX, pero que ahora yacen en el olvido (¡Oh! Fabio, ¡ay! dolor . . . , etc.), al menos en su verdadera dimensión. Por ejemplo, Gustavo Ross (pp. 105-106), cuya personalidad y obra presentó por cierto características más relevantes que ese curioso racismo “chilensis” que mencionamos más atrás. En el caso de Ross, los autores destruyen mitos y falsas imágenes en relación a la compleja personalidad de este Ministro de Arturo Alessandri. Otro ejemplo es Ibáñez. Después de su actuación entre 1925 y 1931, es pintado —correctamente a mi juicio— como un oportunista sin una aproximación racional y coherente a la política, y sin más armas que su astucia y voluntad en su empecinado bregar por el poder. Es significativa al respecto la declaración del caudillo reproducida en el libro (p. 293), en el sentido de que en Chile no hacían falta (en 1946) “grandes proyectos”, mostrándose partidario de un pragmatismo acentuado.

Otra figura importante —apenas rescatada en este caso y que merece mayor análisis— es Alfredo Duhalde: prototipo del señorón radical mesócrata, sin duda reaccionario, pero que al mismo tiempo exhibía otras cualidades públicas que no han mostrado otros señores del mismo signo que han figurado después. Por último, Juan Antonio Ríos es reivindicado de la oscuridad a que ha sido relegado por los comentaristas de nuestra historia reciente, en circunstancias que fue uno de los grandes gestores de la modernización económico-social de Chile (pp. 214-215).

Es así que el libro nos entrega breves pero bien perfiladas imágenes de algunos personajes, en un acto de objetividad historiográfica loable. En relación a otras figuras, cae en el lugar común y la aceptación irreflexiva de la imagen ya hecha; es el caso de Cruz-Coke y su notable personalidad, sobre el cual aún no se ha realizado un buen estudio.

Esta simplificación excesiva no se da sólo en el análisis de figuras. También aparece a veces en el de grupos. La Falange no nació sólo del “mesianismo de algunos jóvenes militantes del Partido Conservador” (p. 285), cansados de la perorata reaccionaria y pedestre de aquél. Como al menos uno de los autores del libro que comentamos

debe saberlo, respondió más bien a un profundo —y a veces doloroso— debate intelectual que caracterizó al mundo católico de la época, y que en Chile repercutió con gran fuerza, especialmente entre los jóvenes. De esa generación estudiosa y a veces atormentada surgieron: Mario Góngora, Eduardo Frei, Jaime Eyzaguirre, Julio Philippi, Manuel Antonio Garretón, Radomiro Tomic y otros.

Fue este origen intelectual de la Falange, en la que militaron algunos de los citados, una de las causas del carácter hiperideológico del PDC y del MAPU, treinta años después.

Y así como éste podríamos encontrar otros problemas en el libro; pero el conjunto de la obra merece un juicio sin duda positivo dentro de los límites que exhibe. El libro no es ciertamente una historia política de Chile durante la época a que se refiere, es una acuciosa crónica de la clase política chilena y su accionar, bien investigada y que ciertamente ayuda a comprender la evolución nacional de ese entonces y posterior.

Cristián Guzmuri R.
Instituto de Historia
Universidad Católica de Chile